

M. E. Criado y Romero
El limpiabotas que era amigo de Blasco Ibáñez
(*Heraldo de Madrid*, 14-3-1928)

Demetrio es un tipo popular en Cáceres. Una figura de relieve entre la chusma embetunada y lamparosa de los limpiabotas. Y lo es porque su espíritu, en el que no anida la vulgaridad, está siempre abierto al bien. Tal vez por eso algunos lo tengan por tonto y tal vez por eso también otros le traten sin consideración. Esta tarde, inclinado ante mis zapatos, a los que sacaba un brillo de espejo, en el que jugaba la luz, comenzó a recitarme una «Dolora» de Campoamor.

—Veo que te gusta la poesía —le dije.

—Mucho. Los versos me deleitan. Siempre llevo algunos en los bolsillos. ¿Lo ve usted? —y me mostró un tomo mugriento y desencuadernado—. Estos —continuó hablando— son de mi admirado amigo Salvador Rueda.



—¿Cómo «amigo»?

—¡Amigo! Sí, señor. ¿Le extraña?...

—Pero...

—Yo me escribo con Rueda. ¡No ponga usted esa cara! Aquí no se engaña a nadie. Entérese del contenido de esa carta.

Los bolsillos de Demetrio son un archivo literario valiosísimo. De ellos extrajo una carta, varias tarjetas, apuntes...

—Entérese, entérese de esto.

Tomé un plieguecillo tan mugriento como el libro de versos y me dispuse a pasar la vista por su contenido.

—¿Quiere leerla en alta voz, para que yo la oiga por enésima vez? [...]

—¿Y esa tarjeta?

—De don Vicente Blasco Ibáñez. Otro amigo mío.

—¡Zambombas!...

Leí la tarjeta, que decía en el anverso:

«V. BLASCO IBÁÑEZ

Commandeur de la Légion d'Honneur

PARÍS

4, rue Rennequin 17°»

Y en el reverso, de puño y letra del autor de *Cañas y barro*:

«Demetrio Ramos Hurtado, Betunero número 1 de Cáceres, es mi amigo y acompañante. —Vicente Blasco Ibáñez.

Cáceres, junio 18-1921.»

—Así es que Blasco estuvo en Cáceres...

—Sí, señor.

—¿Cómo le conociste?

—Una mañana calurosa de junio ofrecí mis servicios a un señor grueso, de presencia simpática, que estaba sentado en el café Santa Catalina. Cuando me hallaba limpiándole los zapatos me preguntó si había aquí algo digno de verse. Yo le dije que sí; que la parte alta de la ciudad, la que está dentro del recinto de las murallas, era verdaderamente hermosa. «¿Y esa torre almenada?», inquirió. «La del Bujaco —le dije—; desde ese balcón de piedra leyó Isabel la Católica los fueros de la ciudad.» «Veo que es usted hombre culto.» «¿Quiere acompañarme por esa parte antigua de que me habla?...» Cogí la caja y me fui con él. Le enseñé el Palacio de los Golfines, las callejuelas de San Mateo, el aljibe de la «Casa de las Veletas», los adarves... Al llegar a la puerta de Santa Ana, el desconocido, que por su charla amena y por los conocimientos que demostraba tener de arquitectura se me había hecho simpatiquísimo, me preguntó: «¿Y no hay en Cáceres ningún escritor que se ocupe de estos bellísimos monumentos?»

—Tú le dirías que sí.

—Yo le dije que don Publio Hurtado era una autoridad en la materia, sobre la que había escrito varios libros. Me hizo que lo llevara a casa del «patriarca de las letras extremeñas», a quien le presenté.

—Pero él, ¿te había dicho ya quién era?

—¡Ca! Yo se lo presenté a don Publio como «un señor forastero a quien gustan las antigüedades».

—¿Asististe a la entrevista?

—No, señor. Me quedé en otra habitación. La sorpresa fue después, ya en la calle.

—¿Qué pasó?

—Pues que el señor a quien había servido de «cicerone» me espetó a bocajarro su nombre. Me quedé helado. Creí que se burlaba de mí. Adivinó lo que yo pensaba y sonriendo sacó de la cartera esa tarjeta. «Tome usted —me dijo—; desde hoy me honraré mucho siendo su amigo. Escríbame si algo necesita de mí...»

—¿Estuvo mucho tiempo en Cáceres don Vicente?

—No. Aquella misma tarde marchó a Trujillo. Le acompañé hasta que partió el auto. Al despedirnos me apretó las manos y me dio un abrazo... ¡Qué hombre más simpático!...

Demetrio evocó aquella mañana calurosa de junio y tuvo frases de admiración para el autor de *La barraca*.

—¡Cuántos envidiosos tuvo! —agrega—. ¡Les sucede lo mismo a todos los espíritus superiores! Yo también, aunque usted se ría, tengo envidiosos que me odian porque no comprenden lo que hay aquí dentro. Las manos estarán llenas de betún; pero el alma...

—Sí, amigo Demetrio, ¡eres un negro que tiene el alma blanca!

Cáceres, marzo 1928.